

# La Argentina de los mitos en Jorge Luis Borges

## Encuentros

**P**ara que un «terreno de memoria» se construya, —dice Pontalis en *El amor de los comienzos*— se necesitan fronteras, marcas, estaciones del tiempo... Sólo en un espacio definido hay lugar para el acontecimiento, sólo en una continuidad surgen los comienzos y acontecen las rupturas.

A lo largo de su obra, Borges construye un espacio y un tiempo que dan la impresión de ilimitados pero que tienen límites: el espacio pertenece a este mundo, el tiempo a nuestro conocimiento de la historia. Lo fantástico, cuando aparece, está inevitablemente mezclado con nuestras coordenadas habituales.

En el interior de ese espacio y de ese tiempo inmensos, Borges prepara «terrenos íntimos», que funcionan como miniuniversos; así nos sucede a veces con una impresión cualquiera (la evocadora *madeleine* de la infancia en Marcel Proust), que abre por un momento una zona del recuerdo. Recorremos esas páginas inexistentes, vemos cosas simultáneas y los acontecimientos son desgranados, hasta que se agotan, porque no hay más.

Es entonces allí, en esos «terrenos» perfectamente delimitados por una cronología tranquilizadora, que a lo largo de esta obra, realizamos «encuentros».

Encuentros insólitos: como cuando por casualidad vemos a un vecino en un barrio distante, o a un compatriota en un país lejano. Lo reconocemos, experimentamos ese placer de lo conocido y al mismo tiempo, esto despierta nuestra curiosidad, nos hacemos preguntas. El otro toma un espesor diferente, de pronto se convierte en algo más que una vaga imagen de compatriota o de vecino, cobra volumen. ¿Dudamos? No, es efectivamente él, pero allí... ¿por qué? De pronto, lo vemos de perfil. ¿Tiene quizás otra edad que la que le dábamos? ¿Está vestido de otra manera?

La vida, el destino, nos reserva esas tenues sorpresas, vagamente divertidas, apenas inquietantes, que nos sacan de lo cotidiano, agudizan nuestra mirada, nos obligan a releer.

Esas sorpresas se multiplican en los cuentos de Borges, siempre insólitas, incluso cuando las esperamos, porque nos hemos acostumbrado a las sorpresas de esta obra. Lo sabemos de antemano y sin embargo, el placer se intensifica...

## a) Los mitos universales

«Quienes hayan leído con atención el relato de mis trabajos —dice el narrador-personaje de «El Inmortal»— recordarán que un hombre de la tribu me siguió como un perro podría seguirme hasta la sombra irregular de los muros. Cuando salí del último sótano, lo encontré en la boca de la caverna. Estaba tirado en la arena, donde trazaba torpemente y borraba una hilera de signos que eran como las letras de los sueños que uno está a punto de entender y luego se juntan. (...) La humildad y miseria del troglodita me trajeron a la memoria la imagen de Argos, el viejo perro moribundo de la Odisea, y así le puse el nombre de Argos y traté de enseñárselo.»

Poco tiempo más tarde, después de una lluvia intensa, descrita en el cuento como bienhechora, ese troglodita silencioso, aparentemente incapaz de hablar, articula por primera vez algunas palabras:

Entonces con mansa admiración, como si descubriera una cosa perdida y olvidada hace mucho tiempo, Argos balbuceó estas palabras: Argos, perro de Ulises...

Y el narrador agrega:

Le pregunté si sabía de la Odisea. La práctica del griego le era penosa; tuve que repetir la pregunta. Muy poco dijo. Menos que el rapsoda más pobre. Ya habrán pasado mil cien años desde que la inventé.

Es así, entonces, que un relato del anticuario Joseph Cartaphilus de Esmirna (encontrado por azar en el último tomo de un ejemplar de La Iliada) situado en paisajes desérticos, en regiones bárbaras, donde la tierra es madre de monstruos (...) donde en el agua depravada de las cisternas otros bebieron la locura y la muerte, que encontramos a Homero.

Un Homero que ya casi no habla el griego, que ya casi ha perdido la capacidad de hablar. Un Homero que, de esa inmensa construcción, la Odisea, sólo es Argos. ¿Argos... en qué sentido?

El mito, condensado de palabras, «manera de decir», de resumir, imagen fulgurante, es al mismo tiempo productor de palabras al infinito: Argos como resto ridículo, Argos, como cifra a descifrar, Argos, como perro de su dueño, Argos como significado último, como contraseña.

Este encuentro fascina, hace sonreír, pero también obliga a releer, a volver a pensar en Homero, no el mismo, otro, más próximo, más elemental. Base humana reducida a las necesidades más simples, a las dificultades primordiales: el hambre, el calor,

la lluvia, y también el aburrimiento; base humana, sobre la cual se construyó la *Odissea*. Gran parte de la historia, de la literatura y de nuestra vida personal, se dan cita en ese momento, para la relectura de ese mito, Homero, de ese hombre, Homero, creador de mitos múltiples, de ese perro, moribundo, Argos.

Uno tiene el derecho de no conocer a Melanchton. ¿Por qué interesarse todavía en el nacimiento de la Reforma y en sus avatares? Además, en el cuento «Etcétera», no se habla de la de Melanchton, discípulo de Martín Lutero, sino de su muerte. «Los ángeles me comunicaron que cuando falleció Melanchton...», su existencia en la historia como jefe de la iglesia luterana después de la muerte de su fundador, da otra dimensión a los hechos fantásticos que el relato describe. «Cuando falleció Melanchton —dice el narrador de “Etcétera”— le fue suministrada en el otro mundo una casa ilusoriamente igual a la que había tenido en la tierra... En cuanto Melanchton se despertó en ese domicilio, reanudó sus tareas literarias...». ¿Literarias? ¿De literatura? Aquel que en vida se dedicó a las discusiones teológicas, ¡que fue profesor en la Universidad de Wittenberg!

«A las pocas semanas, los muebles empezaron a afantasmarse hasta ser invisibles, salvo el sillón, la mesa, las hojas de papel y el tintero». Y todo esto porque Melanchton insiste en su posición teológica, sin saber que está muerto y que había estado equivocado. Nuevamente, una figura histórica, convertida en mito para aquellos que defendieron los mismos principios, se humaniza. Tiernamente empecinado, avergonzado de su habitación sórdida, continúa escribiendo: «He demostrado irrefutablemente que el alma puede prescindir de la caridad y que para ingresar en el cielo basta la fe».

Es entonces, en el más allá, en medio de un casa fantasmagórica cuya descripción heteróclita recuerda las casas de los sueños, que encontramos a ese serio luterano que vivió en los años 1500. Otra vez el mito, viejo productor de sentido, de palabra, da que hablar. Fuera del espacio al que la historia nos tiene acostumbrados, desfaseado en el tiempo, extraño, un mito cobra otra intensidad. Vuelve a producir sentido, a provocar la palabra, a dar ganas de hablar.

«Entonces recorrió la casa y comprobó que los demás aposentos ya no correspondían a los de su habitación en la tierra. Alguno estaba repleto de instrumentos desconocidos: otro, se había achicado tanto que era imposible entrar; otro no había cambiado, pero sus ventanas y puertas daban a grandes médanos. La pieza del fondo estaba llena de personas que lo adoraban y que le repetían que ningún teólogo era tan sapiente como él».

Para el lector tampoco nada corresponde a su habitación en esta tierra: Melanchton por un lado, esos hechos medio divertidos, medio desconcertantes por otro. El humor además, una amable manera de burlarse de los mitos, de los que los soportan, de los que los construyen y los mantienen, pero también, una proposición de relectura. Múltiples sentidos de los mitos, que Borges denuncia no para destruirlos, ni para darles una nueva explicación, sino para aprovechar aún más su riqueza. Se otorga, y nos otorga, el derecho de soñar, de imaginar lo que uno quiera, de no quedarse a la merced de la imaginación de los otros, que el tiempo ha institucionalizado y desecado.

## Los mitos argentinos

Fue tal vez porque era un país nuevo, un país donde la inmensa llanura era la imagen de lo que no tiene forma y permite todas las formas, que se creyó que se podía recomenzar de cero.

Esos raros momentos en que se puede decir, lo que dijo Mirabeau en el final del siglo XVIII: «A nosotros nos está permitido pensar que recomenzamos la historia de los hombres». Momentos en que los hombres se atreven incluso a cambiar los nombres de los meses, a reorganizar el tiempo de los calendarios. Messidores o Brumarios de tantas partes, tantas veces intentados.

La Argentina en sus comienzos se encontraba frente a esos espacios maleables de llanura infinita, la bóveda celeste visible, completa, como si la tierra fuera aún plana y el universo la cubriera. Sus habitantes sintieron que podían volver a comenzar la historia de los mitos, la historia del imaginario.

¿Pero qué mitos empezaron a surgir? Primero dos: Buenos Aires y la Pampa. Fundamentales. Sobre ellos se instalan los otros. Tienen que ver con el espacio, con el suelo. Fue justamente ese suelo el que pisaron esos torpes conquistadores, de imaginación desmesurada, de ambición furiosa, después de tantos días y noches de navegación incierta, por un mar desconocido, ante el riesgo constante de encontrar el vacío.

En su poema «La fundación mítica de Buenos Aires», Borges dirá:

¿Y fue por este río de sueñera y de barro  
que las proas vinieron a fundarme la patria?  
Irían dando tumbos los barquitos pintados  
entre los camalotes de la corriente zaina.  
Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron  
por un mar que tenía cinco lunas de anchura...

Es entonces, por ese ancho río, donde no se ve la otra orilla, un río a imagen de la inmensidad asociada con América, por donde se llega a esos dos mitos. La pampa será en el imaginario argentino (que Borges comparte) una tierra vana, sin motivo ni fundamento. Y será al mismo tiempo, una tierra rica, capaz de producir todo: trigo, ganado al infinito, y también indios, guitarras, Martín Fierros, Cautivas, Facundos, montoneras gauchas.

Del mismo modo, Buenos Aires, en el fin del mundo, podrá producirlo todo: calles calmas y umbrías, rascacielos, objetos sofisticados, ideas de vanguardia, Carriegos, Arlts, tanto, Borges.

Durante las primeras noches silenciosas y perfumadas de los primeros inmigrantes que habían atravesado un océano todavía infinito, el recuerdo del espacio, que apenas habían tenido tiempo de vislumbrar (la ciudad se termina abruptamente y el campo comienza de improviso), el recuerdo de la ciudad dormida que los rodea, les permite creer en ese viejo sueño, datado en la historia, el sueño de la América.